

# Castro Pacheco: Los oficios de mirar<sup>1</sup>

José Díaz Cervera\*

Mirar es imaginar. Cuando se mira un objeto sin el concurso de nuestra imaginación, el mundo se vuelve gris y plano y cada cosa es solamente lo que es y no lo que pudiera ser; mirar sin imaginar es no esperar nada del mundo. La imaginación rompe el horizonte, hace hablar a las piedras, desarrolla símbolos, nutre nuestras ensoñaciones, vitaliza nuestras capacidades metafóricas y nos arranca de lo consuetudinario para obsequiarnos ese instante en el que el mundo pareciera acontecer frente a nuestros ojos como si fuese la primera vez. Por la imaginación, un instante bien puede ser un punto en el espacio; una línea, una manera de referir el devenir; una figura, la expresión de la existencia y un color, la manifestación de una manera de estar en el mundo, un concepto o un estado de ánimo.

Y es que en toda mirada estética hay experiencias distintas e inusitadas que al asumir una formalidad artística se constituyen como una especie de parábola que dibuja con una gran sutileza la intimidad del artista

y la manera en que éste dialoga con el mundo realizándolo, ficcionalizándolo e interpretándolo para llevarlo más allá de sus límites ordinarios. El espíritu, pautado por la emoción, se manifiesta en una constelación de miradas que rompen la forma anestesiada con la que a veces comerciamos con las cosas.

He querido comenzar esta reflexión sobre la obra de Fernando Castro Pacheco haciendo algunas notas al vuelo en torno a la mirada humana, quizá porque es precisamente a través de la mirada que nosotros emergemos al mundo y probamos que somos sujetos. Hablo de la mirada y no del sentido de la vista, hablo de una posición en el cosmos y no simplemente de una postura ético-ideológica, hablo del instante y del tiempo, de la intención, de la curiosidad, de la certeza y de las incertidumbres. Hablo de la mirada que es capaz de penetrar en lo invisible; hablo de ese instrumento en el que se metabolizan nuestras más escondidas pasiones, hablo de esa acción

\* Poeta Yucateca (Valladolid, 1958). Entre sus libros destacan: *Licantra*, *Manual del fingidor*, *Para astillar la longitud del rayo*, y *La piel*, entre otros.

1 Conferencia dictada por el autor en la Facultad de Arquitectura de la UADY, el 26 de enero de 2018 a propósito del centenario del natalicio del artista yucateco.



*Hamaca Nº 1 (1987)*



íntima y cargada de secretos que nos une y nos separa del mundo.

En Fernando Castro Pacheco la mirada se convirtió en el ejercicio perseverante de escuchar, de palpar, de saborear, de oler y de ver para establecer un juego exquisito en el que nuestros cinco sentidos se vuelven cómplices de nuestra imaginación para potenciar la vocación sensual de una subjetividad excitada por un mundo tan seductor como problemático. En el artista yucateco mirar parece constituir un constante homenaje al movimiento, de tal manera que su obra se edifica como una especie de artesanía coreográfica donde todo cobra vida merced a una cadencia cuyos significados expresan un pacto profundo y secreto entre el artista y su entorno, pacto que tiene un objetivo bien definido en la tentativa de eternizar las orillas de un instante.

¿Cómo desarrollar la poética de un mundo conflictivo sin renunciar a las potencias de la imaginación creadora y sin dejar de lado lo que Gaston Bachelard denominó como “los valores sensuales de la mirada” que, en Fernando Castro Pacheco, constituyen no sólo un valor estético sino incluso un distintivo ontológico?

A Castro Pacheco le tocó vivir en un mundo complejo; nacido en 1918, ya para finalizar la Primera Guerra Mundial y en el momento en que la Revolución Mexicana comenzaba a edificar una nueva estructura

institucional para nuestro país, el pintor tuvo la oportunidad de comenzar su formación en un tiempo en el que Yucatán recibió el influjo del proyecto revolucionario que instituyó en el estado la Escuela de Bellas Artes, instancia que ordenó un conjunto de conocimientos prácticos en torno a las artes plásticas, aglutinó esfuerzos y afanes e impulsó tanto la actividad artística como el sentido crítico en torno a ella, potenciando así las energías del arte local. En ese ambiente, Castro Pacheco va instrumentando de manera firme un estilo que en un principio tiene discretos ecos impresionistas, pero que poco a poco va adquiriendo una personalidad propia en la que la figura humana adquiere protagonismo a partir de la gran habilidad del artista para el ejercicio del dibujo.

Castro Pacheco parece ir encontrando poco a poco el equilibrio entre sus fortalezas artísticas y las demandas de un medio en el que la política, los movimientos estéticos post-vanguardistas, el arte abstracto, así como las nuevas formas del expresionismo y aun del realismo solicitaban del artista ir siempre más allá de sus propios límites.

Hombre de su tiempo, Castro tuvo la sagacidad y la inteligencia para ser fiel a sí mismo sin segregarse de las exigencias de un mundo en el que la guerra, el imperialismo, la discriminación y la sinrazón iban imponiendo

su ley; su mirada crítica le permitía amalgamar los rasgos propios de una identidad en cuyas raíces el universo maya siempre está presente con una densidad notable, aunque mixturado con una mirada sensual del cosmos la cual, sin embargo, no está exenta de un profundo y conmovedor sentido humano.

No debiéramos entonces sorprendernos ante el hecho de que el pintor yucateco haya sido un oficiante del dibujo limpio y técnicamente impecable sin que ello lo haya convertido en un artista fuera de época; Castro fue fiel a sí mismo al defender su mayor virtud expresiva: sus figuras deberían referir ese universo del que él se sentía parte, las formas humanas que él dibujaba debían tener la huella digital de su mirada sensual y, en todo caso, si alguna libertad había de ser ejercida en su trabajo, si algo lo vinculaba con el arte de su época y con sus búsquedas, ello acontecería a través del empleo libérrimo del color que, desligado de la forma, ofrece la posibilidad de complejizar el tono lírico de las obras, constituyendo una unidad donde la composición y su solución cromática dialogan intentando atrapar el gozo sensible, el encanto de las cosas y el dramatismo del mundo, justamente en el instante poético en que se funden para instalarnos en los territorios del éxtasis. Al lanzar su mirada al mundo, el pintor apuesta a romper su propia finitud

y en esa apuesta quedamos también involucrados cuando nos plantamos frente a alguna de sus obras; por ello me parece absolutamente inaceptable afirmar que la obra de Castro Pacheco tiene un carácter costumbrista, pues por definición el costumbrismo es conservador y más bien reaccionario y en la mirada del pintor yucateco nada acusa esas cualidades.

La confusión podría solucionarse si reordenamos nuestra propia experiencia estética y reconocemos que en Fernando Castro Pacheco están presentes todos aquellos elementos que fueron conformando su mirada, fabulados y confabulados tanto por lo maravilloso como por lo extraño. Si observamos atentamente, veremos en los trabajos del yucateco una estilización que busca resaltar un ángulo específico, una perspectiva, una cualidad del objeto, una cadencia y hasta un aroma más bien atípicos, circunstancias que lo alejan decisivamente de las visiones mitificadas y adoceadas con las que el costumbrismo nos presenta una realidad sin fisuras e idílicamente configurada. La mirada de Castro Pacheco es transgresora; toma los materiales de un entorno con el que se siente emocional, política y poéticamente comprometido y los representa en el proyecto de todas sus potencialidades y vocaciones con una envidiable exuberancia vital que pone en entredicho la realidad tal como es.



Siguiendo a Georges Bataille, para quien la actividad de poner en entredicho el aspecto superficial de lo real es probablemente la más radical acción transgresora, en Castro Pacheco persiste una gran necesidad de estructurar un lenguaje plástico que nos permita ir más allá de las cosas y hasta de los cuerpos; un lenguaje que no petrifique el mundo y que sea capaz de pautar la coreografía del mismo para referir sus cadencias y sus vértigos, así como las pausas que traducen el silencio del ser. Reivindicar el cuerpo humano (como lo pedía Georges Bataille) es abrir las puertas del erotismo entendido como un ejercicio pleno de comunicación que nos

arranca de nuestra soledad profunda. Así, el “error categorial” de enmarcar como “costumbrista” la obra de Castro Pacheco a partir de su referencia a usos y tradiciones locales se evidencia cuando hacemos notar la voluptuosidad con la que el artista dibuja el cuerpo humano. Castro no interpela al pintoresquismo y carece de toda suerte de afán moralizante, más allá de que en su trabajo plástico aparezca necesariamente el horizonte vital del autor, de la misma manera que en *El Quijote* aparece el mundo de Cervantes.

No es descabellado pensar entonces que a nivel formal Fernando Castro Pacheco haya encontrado en el

*Campesinos  
revolucionarios  
(1947)*



manejo libérrimo del color una manera de dar rienda suelta a su propio frenesí y a sus más exaltadas emociones. El color en la obra del yucateco cumple funciones adverbiales que devienen en índices de su mundo dual, tan contenido y sutil a través del dibujo, como exaltado a través de su manejo lujurioso de la luz. Castro Pacheco es apolíneo en el trazo y dionisiaco en su propuesta cromática.

En su trabajo plástico, el color deja las cosas para buscar nuestra mirada, desnudando las texturas de la luz, desatando nuestras energías creativas y atizando nuestra imaginación para hacernos contemplar lo que el pintor dejó en su obra apenas como un esbozo, casi como una promesa.

Habrà que decir, sin embargo, que junto con el cuerpo humano y la pasión erótica, la obra de Castro también se mueve en los terrenos de las preocupaciones ético-sociales y en el del paisaje. En el primer caso debemos destacar su labor gráfica en publicaciones de la Ciudad de México, donde incluso participó en polémicas sobre cuestiones políticas y estéticas; también es importante referir (en el ámbito de las preocupaciones ético-sociales del artista) la relevancia que en su obra tienen los diversos oficios; en el caso del paisaje, aunque Castro Pacheco no se circunscribió a dibujar el entorno peninsular, observamos

en ese rubro un agudo sentido crítico a través del manejo simbólico de la imagen del henequén, misma que comúnmente aparece estilizada de dos formas contradictorias pues unas veces la vemos con las puntas romas y otras, con las puntas exageradamente agudizadas, lo cual nos indica que estamos ante una marca espacio-temporal que tiene funciones semióticas específicas; así en una obra como "La plataforma", fechada en 1940 (finales del régimen cardenista), el agave era valorado de manera muy distinta a la que se nos ofrece siete años después en "El henequén", donde el eufemismo del llamado "oro verde" muestra sin pudor alguno su rostro más cruel. Si tuviéramos entonces que utilizar algún referente cultural para aproximarnos a la obra de Castro Pacheco, éste debe tener en la cultura maya una de sus vertientes fundamentales (aunque no necesariamente la única) y que, como hombre de su tiempo, la "lectura" que de la vida y la cultura maya hace el artista yucateco es plena, actual y dinámica en la medida en la que en ella no hay idealizaciones ni visiones maniqueas. La de Castro Pacheco es una perspectiva que mira las raíces vivas de una cultura que no se diluyó en el tiempo; el pintor parece querer advertirnos que aquellos mayas de la antigüedad que desarrollaron una de las civilizaciones más esplendorosas de la historia humana, siguen aquí, pero sus circunstancias



son distintas y ello, en alguna medida, los hace diferentes a aquellos hombres que vivieron los tiempos esplendorosos de esa civilización.

Digamos que los mayas vistos por Fernando Castro Pacheco no son aquellos que construyeron las grandes pirámides y templos, ni los que tuvieron un dominio incontrovertible de las matemáticas y la astronomía, sino los mayas “arrastrados” por una posmodernidad que los amenaza constantemente y ante la que sólo pueden resistir oponiendo a esa modernidad su formas de vida altamente depuradas en su intimidad y su manera de ver el mundo. Desde esta perspectiva, la representación que Castro Pacheco nos ofrece de los mayas es plenamente deudora del gran refinamiento con el que —a los ojos del artista— los mayas miran el mundo y sobrellevan sus circunstancias adversas.

Una obra, fechada también en 1940, puede ayudarnos a entender el planteamiento anterior, me refiero a “El abrazo”. En la obra vemos los prolegómenos de un encuentro amoroso; la intimidad no elude la vitalidad de la pareja y ésta aparece libre, llena de energía y con una enorme disposición para el disfrute; el momento es de ternura, según nos permite ver el título de la obra, pues el abrazo es una demostración de afecto entre dos

seres humanos, aún más que el beso (que no necesariamente está cargado de alguna forma de afectividad). La mujer aparece de espaldas frente a un hombre del cual sólo vemos el brazo derecho y sus dos piernas y que, sentado en una hamaca, la recibe ciñéndola por la cintura. La fuerza de los brazos y piernas del varón y la firmeza de las carnes de la mujer nos permiten reconocer la juventud de ambos. Al fondo, un apunte luminoso parece adjetivar las características del encuentro al ofrecernos una luz desnuda que bien pudiera metaforizar el origen del mundo, tal y como se refiere en el Popol Vuh, donde se afirma que la luz brotó de las entrañas de lo que estaba en suspenso, inmóvil y silencioso, haciendo latir el corazón del cielo y con él el de todo lo que existe.

El encuentro entonces se puede significar como un regreso a los orígenes en el que todo es vitalidad absoluta; una especie de retorno al instante exacto en el que el cosmos fue creado. Un regreso al primer impulso y al primer vértigo. No hay bucolismo ni nostalgia, y la hamaca deja de ser un elemento meramente escenográfico para convertirse en la metáfora de un cosmos cuya vocación son todos los afanes humanos y en el que el centro está donde se encuentran cada mujer y cada hombre ejercitando su vitalidad (la fuerza de una hamaca está

determinada por la fuerza de cada uno de sus nudos, tal y como sucede para los mayas con cada una de las cosas del mundo, donde todo está orgánicamente constituido; en la cultura maya, todos los componentes de la naturaleza participan por igual del espíritu sagrado y en ese sentido su condición es análoga a la de los nudos de una hamaca). La hamaca entonces es mucho más que un apunte folclórico (en el peor sentido del término) y se convierte en un elemento de gran valor simbólico en la obra de Fernando Castro Pacheco, pues es el lugar que sostiene la vida (el cosmos) y donde ésta se restaura, se preserva, se reanima, se goza y se recrea.

He hecho un recorrido panorámico tratando de ordenar mi experiencia estética en torno a la obra de Fernando Castro Pacheco; me he excedido un poco y quizá sea ya tiempo de abrir las ventanas para respirar y arrullarme en el silencio de un cosmos que siempre nos obsequia con un instante de armonía. Fui amigo de Fernando, lo recuerdo hoy con el afecto de siempre; no se ha ido. Cuando bajo al comedor de mi casa me saludan los grabados que me obsequió. ¡Caray, Fernando, quién lo dijera! ¡Cien años! Tú nos enseñaste a mirarnos en la prosa de la luz y a encontrarnos en tu propia mirada.

(Imágenes tomadas del libro: *Fernando Castro Pacheco. Color e imagen de Yucatán*, 1994. Edición de la UADY – Gobierno del Estado de Yucatán)



*Las manos del cortador de pencas de henequén (1974)*





*El henequén (1947)*